

HOMILÍA

19° DOMINGO TIEMPO ORDINARIO CICLO ALecturas Bíblicas:

I Reyes 19, 9. 11-13

Carta de san Pablo a los cristianos de Roma 9, 1-5

Evangelio según san Mateo 14, 22-33

LA TEMPESTAD CALMADA

Decíamos el domingo pasado que el fragmento evangélico que relata cómo Jesús alimentó milagrosamente a una multitud (Mt. 14, 13-23), *parece balancearse entre dos momentos de soledad de Jesús*. Al comienzo se dice “Jesús se alejó en una barca a un lugar desierto para estar a solas” (Mt. 14, 13); y al final afirma el evangelista que, después de despedir a la multitud, “subió Él solo a la montaña a orar” hasta el anochecer (Mt. 14, 23).

También decíamos que el segundo retiro del Señor tiene un objetivo preciso: “subió Él solo a la montaña a orar”. Y que, indudablemente, la vigilia de oración de Jesús está en relación con el relato que le sigue: la prueba por la que van a pasar sus discípulos azotados por la tormenta en el lago (Mt. 14, 23-32). *Jesús oraba por sus discípulos*.

Aquí es donde se inserta el texto que proclamó la liturgia hoy, el de Jesús caminando sobre el agua del lago para ir al encuentro de sus discípulos, acudiendo en su ayuda. *Primero había orado largamente al Padre por sus discípulos, y luego no los deja solos en la dificultad sino que va hacia ellos*. También *orará Jesús al Padre en el huerto de Getsemaní por sus discípulos antes del escándalo de la cruz* (Mt. 26, 36-46).

Es el mismo Jesús, Pastor que *nunca deja de estar atento, vigilante, y de compadecerse de la multitud* (Mt. 14, 14), que ahora acude en auxilio de sus discípulos *movido por la misma compasión*. Él busca acompañar a sus discípulos *del mismo modo que no había querido apartar a la multitud de su compañía*, por lo que había dicho a sus discípulos: “No es necesario que se vayan, denles de comer ustedes mismos” (Mt. 14, 16).

Acá se trata de destacar un rasgo de la condición de *discípulos de Jesús*. El discipulado se define, en efecto, como la cercanía y el encuentro con Jesús (los había mandado embarcar y pasar antes que Él a la otra orilla mientras despedía a la multitud pero *para reencontrarse con ellos*, Mt. 14,22; “Jesús se acercó a ellos caminando sobre el agua”, Mt. 14, 25; “Señor, si eres Tú, mándame *ir hasta Ti*”, le dice Pedro, “Ven”, Mt. 14, 28-29). El discipulado consiste en *aprender a reconocer siempre su presencia* aún en medio de la noche, las olas o el viento. En *saber pedirle ayuda en la dificultad* (“¡Señor, sálvame!”, le dijo Pedro cuando empezó a hundirse en el agua, Mt. 14, 30).

El texto nos habla de *una experiencia fuerte de la presencia de Dios* que tuvieron los discípulos, una manifestación o revelación de Dios, una *teofanía*. En este sentido se podría hacer una *analogía con la transfiguración de Jesús* (Mt. 17, 1-9). Y aquí es donde podemos *relacionar el evangelio con la primera lectura* de la liturgia de hoy (I Reyes 19, 9. 11-13). El profeta Elías, abrumado por la persecución y el destierro, busca a Dios en la montaña del Sinaí. Pero *no encuentra al Señor que pasa ni en el viento huracanado, ni en el terremoto, ni en el fuego, sino en la brisa suave*. Así, *la gloria de Dios se manifiesta plenamente a los discípulos no en las olas y vientos de esa noche sino en la tempestad calmada por el Señor Jesús*. “Cuando subieron a la barca, *el viento amainó*. Los de la barca se postraron ante Él diciendo: *Ciertamente eres el Hijo de Dios*” (Mt. 14, 32-33). *Él es el Señor, el que puede caminar sobre el agua y calmar las tempestades*.

Sin dejar de reconocer el carácter histórico del relato de Jesús caminando sobre las aguas, vemos también en él como otra parábola del reino, en continuidad con las parábolas del capítulo 13 de san Mateo. En efecto, podríamos escribir este texto diciendo: El reino de Dios se parece a los discípulos en una barca sacudida por las olas en medio de la noche, con Jesús, el Señor (“Soy yo”), que se acerca a ellos dominando la tempestad e infundiéndoles confianza. El miedo de los discípulos, que al inicio confunden a Jesús con un fantasma, y la fe vacilante de Pedro, se asemeja a la parábola del sembrador (Mt. 13, 1-23) y se parece a la semilla sembrada en terreno pedregoso, que es recibida con gozo pero porque no tiene raíces, resulta en inconstancia frente a la tribulación o la persecución (Mt. 13, 20).

Seguramente la primera Iglesia, en los tiempos de persecución, recordó este hecho, lo releyó desde el Cristo Resucitado, desde la perspectiva de la Pascua, y aumentó su fe en *la presencia continua y la intervención permanente de Jesús en el mar de la historia*, donde navega segura la barca, imagen de la Iglesia, reino de Dios, a pesar de las tempestades y las noches. Con razón le invocamos como Señor de la historia. “Cuando subieron a la barca, el viento amainó. Los de la barca se postraron ante Él diciendo: *Ciertamente eres el Hijo de Dios*” (Mt. 14, 32-33). “Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo”, dirá Pedro en otra confesión de fe en Cesarea de Filipo, Mt. 16, 16). “Yo estaré con ustedes siempre, hasta el final del mundo”, dirá Jesús y lo consiga san Mateo al concluir el evangelio (Mt. 28, 20).

Como en las *parábolas del trigo y la cizaña* (Mt. 13, 24-30. 36-43) y la *de los peces en la red* (Mt. 13, 47-50), *el reino de Dios se desarrolla misteriosamente en la historia hasta la escatología final*, mientras crecen juntos el trigo y la cizaña, el bien y el mal, y recién el último juicio separará los peces buenos de los malos. *Desde la mirada del Hijo del Hombre, Señor de la historia*, la Iglesia puede *dimensionar noches, olas y vientos de su caminar hacia el encuentro con Él*, tanto en la vida institucional como en la personal.

Podríamos todavía destacar la *actualidad de este evangelio* en relación a los miedos y sustos de los discípulos de toda época, también la nuestra. Hay tantos motivos que, cual olas y vientos, nos atemorizan hoy en nuestro navegar en la historia, nuestro camino hacia el reencuentro con Jesús. Cualesquiera sean las causas de nuestros miedos existenciales, siempre aparece detrás *el rostro del mal*, misteriosamente permitido por Dios. Entonces es cuando debemos releer este evangelio y buscar la presencia de Jesús Resucitado, saber que siempre ora por nosotros ante el Padre, que siempre está muy cerca, oír su Palabra: “¡Ánimo!, Soy Yo, no teman” (Mt 14, 27). Él puede hacernos caminar sobre las aguas para ir hacia Él. Él siempre está dispuesto a *extender su mano, tocarnos y sostenernos fuertemente* para que no nos hundamos, como a Pedro cuando pidió su auxilio (Mt. 14, 30-31). Él puede calmar los vientos. Él sube a la barca con nosotros (Mt. 14, 32).

Señor, a Ti acudimos, infúndenos serenidad, confianza y fortaleza.

Pbro. Hernán Quijano Guesalaga

Parroquia del Sagrado Corazón de Jesús,

Capilla Policial San Sebastián,

Paraná, Argentina

Domingo 10 de agosto de 2008